

Una vez más se escuchó el cacareo de Gilberta: “cac cac carac cac...”.

Su cacareo de contenta porque había hecho algo importante. Tan importante como sólo podía ser para ella poner un huevo terso y tibiecito.

Ramón salió al patio; y detrás su mamá.

—¡Otra vez esta gallina sinvergüenza! —exclamó la señora.

Gilberta llegó con su “cac cac carac cac...” y se detuvo a rozar sus plumas en las piernas de Ramón. ¡Sí, porque estaba tan mimada que hasta tenía costumbres gatunas!

—¡Hmm! ¡Vaya uno a saber dónde pone los huevos esta sinvergüenza, que no los encuentro! —dijo la señora.

Ramón sentía que era responsable por las travesuras de Gilberta. Él la había consentido

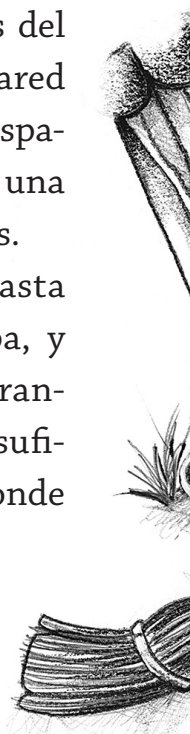
desde que era una pollita suave que entraba en el hueco de su mano. Luego, se empeñó en que su mamá no la encerrara en el gallinero con las demás gallinas.

Gilberta creció libre como las palomas, picoteando a sus anchas por aquí y por allá. Hasta se daba el lujo de escarbar los almácigos recién sembrados y comerse los brotes de las lechugas.

Pero de todos los inconvenientes que causaba Gilberta, eso de esconder los huevos era lo que más enojaba a la mamá de Ramón.

En el verano anterior, a Gilberta se le había ocurrido poner su huevo diario detrás del cobertizo de las herramientas, entre la pared del fondo y la empalizada del cercado. El espacio era apenas más ancho que la palma de una mano. Sólo ella podía entrar allí, nadie más.

Gilberta caminaba por el pasadizo hasta llegar exactamente a la mitad. Se echaba, y después de poner su huevo, salía muy tranquila por el otro extremo. El lugar no era suficiente para darse vuelta y regresar por donde había entrado.



Y así, mientras la señora trataba inútilmente de alcanzar esos huevos; Gilberta seguía con aquella costumbre de entrar por un lado del pasadizo, poner su huevo, y salir cacareando por el otro lado.

Al fin, después de mucho batallar, la mamá de Ramón logró rescatar esos huevos. Usó como



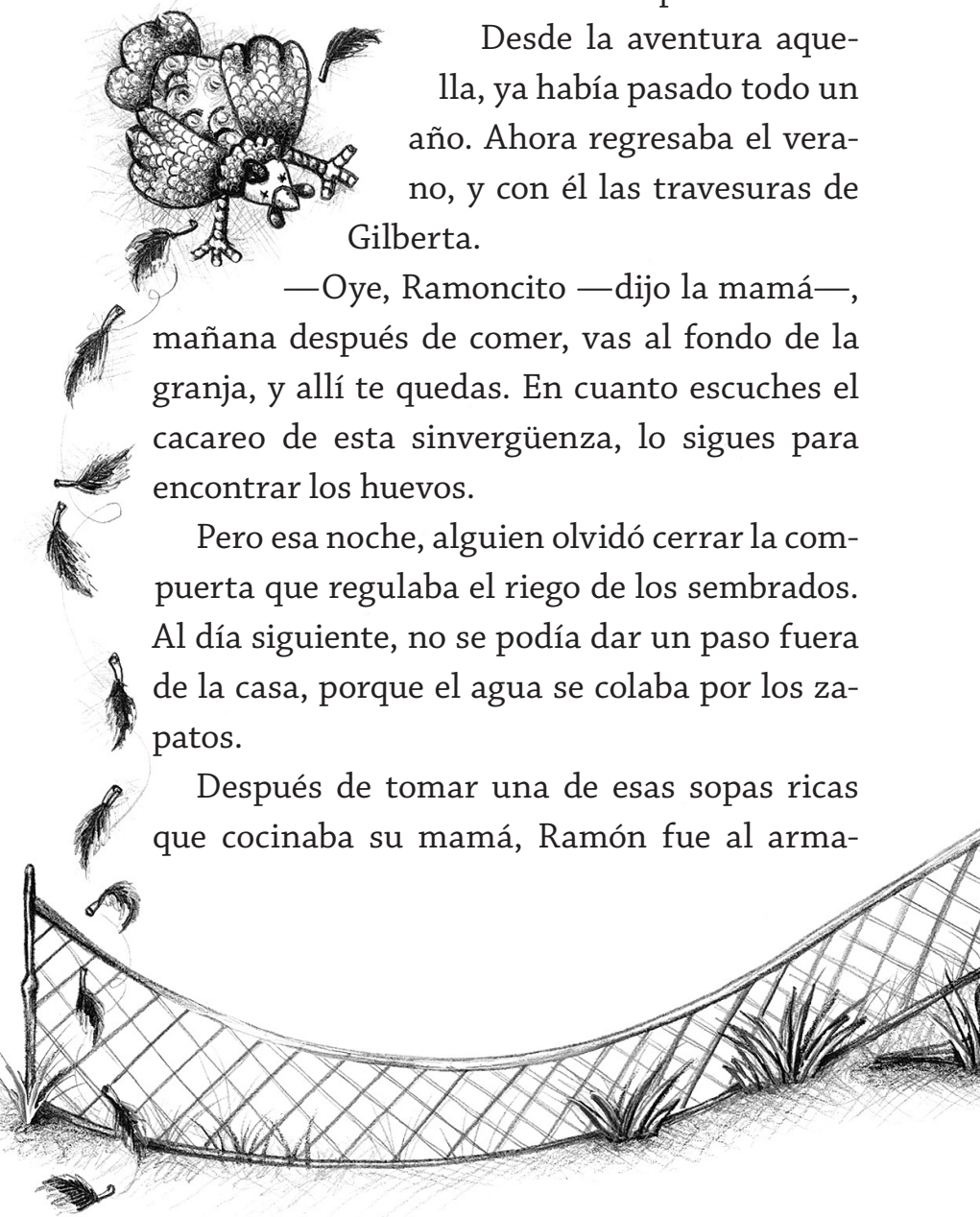
rastrillo el palo de su vieja escoba y le amarró un tenedor de madera en la punta.

Desde la aventura aquella, ya había pasado todo un año. Ahora regresaba el verano, y con él las travesuras de Gilberta.

—Oye, Ramoncito —dijo la mamá—, mañana después de comer, vas al fondo de la granja, y allí te quedas. En cuanto escuches el cacareo de esta sinvergüenza, lo sigues para encontrar los huevos.

Pero esa noche, alguien olvidó cerrar la compuerta que regulaba el riego de los sembrados. Al día siguiente, no se podía dar un paso fuera de la casa, porque el agua se colaba por los zapatos.

Después de tomar una de esas sopas ricas que cocinaba su mamá, Ramón fue al arma-

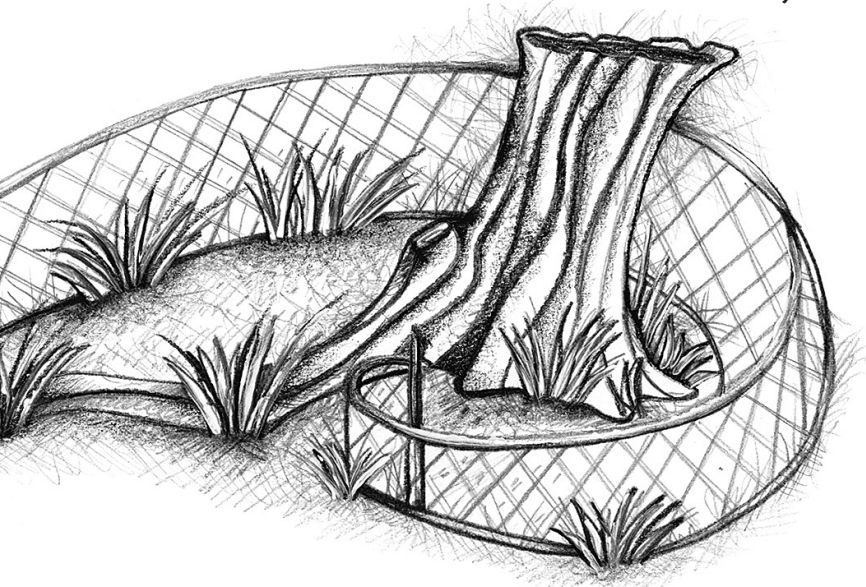


rio y buscó rápidamente las botas que se ponía cuando la tierra se encharcaba. El ruido de los platos le avisó dónde estaba su mamá, y Ramón se acercó para darle un beso en la mejilla.

—No te quedes esperando en la humedad —dijo la señora—. Da una vuelta por ahí, si no oyes nada, regresa.

Ramón tomó la varita que le acompañaba a todas partes. Con ella podía sentir la fuerza del agua en el canal y la música del alambre tejido. Al deslizar uno de sus extremos a lo largo de la cerca, el otro extremo de la vara producía vibraciones en la palma de su mano.

Ese día, tomó por el sendero de la orilla alambrada: “trinc trinc trinc”. Caminó y ca-



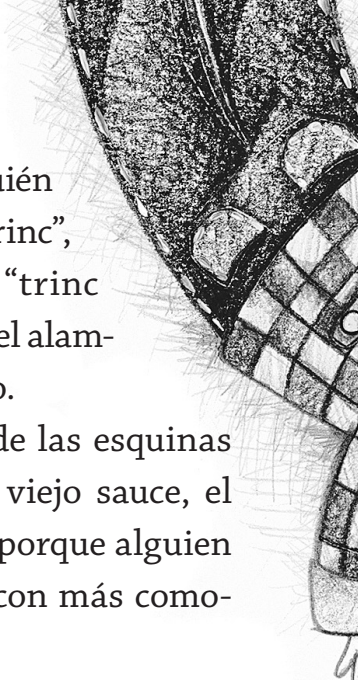
minó distraído, pensando en quién sabe qué cosas. “Trinc trinc trinc”, como pequeñas campanadas: “trinc trinc trinc... ¡TROC!”. El sonido del alambre cambió bruscamente por otro.

Ramón había llegado a una de las esquinas de la granja. La vara tocaba el viejo sauce, el que se quedó sin ninguna rama porque alguien decidió cortarlo para alambrar con más comodidad aquel rincón.

Lo habían dejado de la altura de un arbusto, sin brotes para continuar su crecimiento. Después, poco a poco, perdió la humedad de arriba. Y se fue hundiendo en el centro hasta formar un hueco, que pronto se llenó de ramitas y hojas secas de los árboles vecinos.

Ramón acarició el tronco áspero. Recordó cuando se refugiaba en sus ramas siempre que estaba triste. A veces, las hojas se agitaban con el viento, le hacían cosquillas en la cara; y él se echaba a reír olvidando su pena.

Ahora sólo era un medio árbol, porque el hacha lo había dejado sin copa. Ramón pensó





en lo desamparado que debía sentirse el sauce: sin sus ramas que antes lo abrazaban, sin la música que surgía cuando el viento agitaba sus hojas.

De pronto, Ramón recordó el encargo de su mamá: no debía permanecer mucho tiempo en la humedad. Así que regresó a la casa.

Apenas notó bajo sus pies la dureza del patio, se escuchó a lo lejos: “cac cac cac cac...”.

—¡Otra vez! —exclamó la señora—. ¿Localizaste los huevos, Ramoncito?

